

absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas.

Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos cuanto fué en sí, toda la sucesión de los hombres, y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros, y trayéndole á muerte: y de allí en los discípulos y seguidores de Él, de unos en otros, hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña, y la astucia contra la sencillez y bondad; al fin quedan aquellos vencidos, pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propiamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque á este ángel, y á los demás ángeles que le siguieron, en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí, *corcobados*, y *enriscados montes*, ó por decirlo mejor, *montes montuosos*, y á estos les dice así: Por qué, oh montes soberbios, ó envidiáis la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada; ó sospecháis que se debía esta gloria á vosotros; ó que será parte vuestra condición para quitársela? que yo os hago seguros, que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo; y que por mucho que os empinéis, Él pisará sobre vosotros, y la divinidad reposará en Él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin.—

Y habiendo dicho Marcelo aquesto, callóse: y luego Sabino, entendiendo que había acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, dijo: Lo que se sigue agora es asaz breve en palabras; mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir, y dice así:

§. VIII.

Llámase Cristo PADRE DEL SIGLO FUTURO, y explicase el modo con que nos engendra en hijos suyos.

El sexto nombre es PADRE DEL SIGLO FUTURO. Así le llama Isaias en el capítulo nueve, diciendo (Isai. c. IX. v. 6.): Y será llamado PADRE DE SIGLO FUTURO.

Aún no me había despedido del monte, respondió Marcelo entónces; mas pues Sabino ha pasado adelante, y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura después otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que agora ha propuesto es breve en palabras, y largo en razón: á lo ménos, si no es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redención. Lo cual, si como ello es, pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben; ello solo hinchiría de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos á decir lo que Él nos diere, y comencemos de esta manera.

Cierta cosa es, y averiguada en la santa Escritura, que los hombres, para vivir á Dios, tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento, en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Así lo afirmó Cristo á Nicodemus, que siendo maestro en la ley, vino una noche á ser su discípulo. Adonde como por fundamento de la doctrina que le había de dar, presupuso esto diciendo (Joan. cap. III, v. 3.) *Ciertamente te digo, que ningún hombre, si no torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios.* Pues por la fuerza de los términos correlativos, que entre sí se responden, se sigue muy bien, que donde hay nacimiento, hay hijo; y donde hijo, hay también padre. De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos á ser nuevos hijos; tenemos

forzosamente algún nuevo padre, cuya virtud nos engendra: el cual PADRE es Cristo. Y por esta causa es llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO: porque es el principio original de esta generación bienaventurada y segunda; y de la multitud innumerable de descendientes que nacen por ella.

Mas porque esto se entienda mejor, en cuanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tomemos de su principio toda esta razón, y digamos lo primero, de dónde vino á ser necesario, que el hombre naciese segunda vez: y dicho esto, y procediendo de grado en grado ordenadamente, dirémos todo lo demás que á la claridad de todo este argumento, y á su entendimiento conviene, llevando siempre, como en estrella de guía, puestos los ojos en la luz de la Escritura sagrada, y siguiendo las pisadas de los doctores y santos antiguos. Pues conforme á lo que yo agora decia, como la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, ante todos los siglos se determinase de levantar á sí la naturaleza del hombre, y de hacerla partionera de sus mayores bienes, y señora de todas sus criaturas; Lucifer luégo que lo conoció, encendido de envidia se dispuso á dañar é infamar el género humano en cuanto pudiese, y á estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniese á efecto, lo que en su favor había ordenado Dios. *Por envidia del demonio*, dice el Espiritu santo en la Sabiduría, (Sapient. cap. II. v. 24.) *entró la muerte en el mundo*. Y fué así, que luégo que vió criado al primer hombre, y cercado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleitoso, y en estado bienaventurado, y como en un vecino y cercano escalón para subir al eterno y verdadero bien; echó también juntamente de ver, que le había Dios vedado la fruta del árbol, y puéstole, si la comiese, pena de muerte, en la cual incurriese cuanto á la vida del alma, luégo, y cuanto á la del cuerpo, después: y sabía por otra parte el demonio, que Dios no podía por alguna manera volverse de lo que una vez pone. Y así luégo se imaginó, que si él podía engañar al hombre, y acabar con él, que traspasase aquel mandamiento; lo dejaba necesariamente perdido y condenado á la muerte, así del alma, como del cuerpo, y por la misma razón lo hacía incapaz del bien para que Dios le ordenaba.

Mas porque se le ofreció, que aunque pecase aquel hombre primero, en los que después de él naciesen, podría Dios traer á efecto lo que tenía ordenado en favor de los hombres; determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponzoña, y las semillas de su soberbia y profanidad y ambición, y las raíces y principios de todos los vicios: y poner un atizador continuo de ellos, para que juntamente con la naturaleza, en los que naciesen de aquel primer hombre, se derramase y extendiese este mal; y así naciesen todos culpados, y aborrecibles á Dios, é inclinados á continuas y nuevas culpas, é inútiles todos para ser lo que Dios había ordenado que fuesen. Así lo pensó, y como lo pensó, lo puso por obra; y sucedióle su pretensión. Porque inducido y persuadido del demonio el hombre pecó: y con esto tuvo por acabado su hecho, esto es, tuvo al hombre por perdido á remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios.

Y á la verdad quedó extrañamente dificultoso y revuelto todo este negocio del hombre. Porque se contradecían, y como hacian guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecía que se podía dar corte, ni tomar medio alguno que bueno fuese. Porque por una parte había decretado Dios de ensalzar el hombre sobre todas las cosas. Y por otra parte había firmado, que si pecase, le quitaría la vida del alma y del cuerpo: y había pecado. Y así, si cumplía Dios el decreto primero, no cumplía con el segundo; y al revés cumpliendo el segundo dicho, el primero, se deshacía y borraba: y juntamente con esto no podía Dios, así en lo uno como en lo otro, no cumplir su palabra. Porque no es mudable Dios en lo que una vez dice, ni puede nadie poner estorbo á lo que Él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas, parecía imposible. Porque si á alguno se ofrece, que fuera bueno criar Dios otros hombres no descendientes de aquel primero, y cumplir con estos la ordenación de su gracia, y la sentencia de su justicia ejecutarla en los otros; Dios lo pudiera hacer muy bien, sin ninguna duda: pero todavía quedaba falta, y como menor la verdad de la promesa primera. Porque la gracia de ella no se prometía á cualesquiera, sino á aquellos hombres que criaba Dios en Adán, esto es, á los que de él descendiesen. Por lo cual en esto, que no parecía haber medio, el saber no comprensible de Dios lo

halló: y dió salida á lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fué, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar orden como aquellos mismos ya criados, y por órden de descendencia nacidos, naciesen de nuevo otra vez: para que ellos mismos, y unos mismos, según el primer nacimiento muriesen, y viviesen según el segundo: y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumpliese Dios en lo otro: y así quedase en todo verdadero y glorioso.

Mas qué bien, aunque brevemente, San León Papa dice aquesto que he dicho. *Porque se alababa, dice, el demonio, que el hombre por su engaño inducido al pecado había ya de carecer de los dones del cielo, y que desnudado del don de la inmortalidad quedaba sujeto á dura sentencia de muerte; y porque decía, que había hallado consuelo de sus caídas y males con la compañía del nuevo pecador; y que Dios también, pidiéndolo así la razón de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, había mudado su antiguo y primer parecer: pues por esto fué necesario que usase Dios de nueva y secreta forma de consejo; para que Dios, que es inmutable, y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hacer determina, cumpliese con misterio más secreto el primer decreto y ordenación de su clemencia; y para que el hombre, por haber sido inducido á culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no pereciese contra lo que Dios tenía ordenado.*

Esta pues es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. A lo cual se sigue saber, qué es, ó qué fuerza tiene, y en qué consiste este nuevo y segundo nacimiento. Para lo cual presupongo, que cuando nacemos, juntamente con la sustancia de nuestra alma y cuerpo con que nacemos, nace también en nosotros un espíritu, y una infección infernal, que se extiende y derrama por todas las partes del hombre, y se enseñorea de todas, y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo

(1) *In nativitat. Domini, serm. II, cap. I.*

desatamiento y flaqueza y penalidad, y finalmente muerte y corrupción. Todo lo cual San Pablo suele comprehender con un solo nombre, y lo llama (Ad Rom. cap. VI, v. 6.) *pecado y cuerpo de pecado*: y Santiago dice (Jacob. cap. III, v. 6.) que *la rueda de nuestro nacimiento* (esto es, el principio de él, ó la sustancia con que nacemos) *está encendida con fuego del inferno*. De manera que en la sustancia de nuestra alma y cuerpo nace, cuando ella nace, impresa y apegada esta mala fuerza, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada; la cual se apodera de ella así, que no solamente la inficiona y contamina y hace casi otra, sino también la mueve y enciende, y lleva por donde quiere, como si fuese alguna otra sustancia ó espíritu asentado y engerido en el nuestro, y poderoso sobre él.

Y si quiere saber alguno la causa por qué nacemos así, para entenderlo, hase de advertir lo primero, que la sustancia de la naturaleza del hombre, ella de sí, y de su primer nacimiento, es sustancia imperfecta, y como si dijésemos, comenzada á hacer; pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo, en la forma, ó mala ó buena, que más le pluguiere, porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil, y como de cera para cada una de ellas. Lo segundo, hase también de advertir que esto que le falta y puede adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el ser, y el vivir, y el moverse; pero dale el ser bueno ó ser malo, y dale determinadamente su bien y figura propia, y es como el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina á la cualidad de sus obras, y lo que se extiende y trasluce por todas ellas, para que obre como vive, y para que sea lo que hace conforme al espíritu que la cualifica, y la mueve á hacer.

Pues aconteció así, que Dios cuando formó al primer hombre, y formó en él á todos los que nacemos de él, como en su simiente primera; porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada ó perfecta; sobrepuso luego á la sustancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo como si dijésemos de un

golpe, y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que según su facilidad natural se podía figurar en condiciones y mañas, ó como bruto, ó como demonio, ó como ángel, figuróle El como Dios, y puso en él una imagen suya sobrenatural, y muy cercana á su semejanza: para que así él, como los que estábamos en él, naciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primero padre no la perdiese. Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios, y así fué despojado luégo de aquesta perfección de Dios que tenía: y despojado de ella, no fué su suerte tal, que quedase desnudo, sino, como dicen (1) del truco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido. Desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo inducimiento siguió. Porque así como perdió lo que tenía de Dios, porque se apartó de Él; así porque siguió y obedeció á la voz del demonio, concibió luégo en sí su espíritu y sus mañas: permitiendo por esta razón Dios justísimamente, que debajo de aquel manjar visible, por vía y fuerza secreta pusiese en él el demonio una imagen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante á él.

La cual fuerza, unas veces llamamos *ponzoña*, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras *ardor y fuego*, porque nos enciende y abrasa con no creíbles ardores; y otras *pecado*, porque consiste toda ella en desorden y desconcierto, y siempre inclina á desorden. Y tiene otros mil nombres, y son pocos todos para decir lo malo que ella es: y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en sí las condiciones todas del demonio, soberbia, arrogancia, envidia, desacato de Dios, afición á bienes sensibles, amor de deleites, y de mentira, y de enojo y de engaño, y de todo lo que es vanidad. El cual mal espíritu así como sucedió al bueno, que el hombre tenía antes; así en la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacía el primero. Y como aquel perfeccionaba al hombre no sólo en la persona de Adám, sino también en la de todos los que estábamos en él; y así como era bien general, que ya en virtud y en de-

(1) Hom. *Iliad.* lib. 6.

recho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesión en naciendo: así aquesta ponzoña emponzoña no á Adám solamente, sino á todos nosotros sus sucesores, primero á todos en la raíz y semilla de nuestra origen, y después en particular á cada uno cuando nacemos, naciendo juntamente con nosotros, y apegada á nosotros.

Y esta es la causa por qué nacemos, como dije al principio, inficionados y pecadores. Porque así como aquel espíritu bueno, siendo hombres, nos hacía semejantes á Dios; así aqueste mal y pecado, añadido á nuestra sustancia, y naciendo con ella, la figura, y hace que nazca, aunque en la forma de hombre, pero acondicionada como demonio, y serpentina verdaderamente, y por el mismo caso culpada, y enemiga de Dios, é hija de ira y del demonio, y obligada al infierno. Y tiene aún además de estas propiedades esta ponzoña y maldad, las cuales iré refiriendo agora, porque nos servirán mucho para después.

Y lo primero, tiene que entre estas dos cosas, que digo, de las cuales la una es la sustancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponzoña y espíritu malo, hay esta diferencia, cuanto á lo que toca á nuestro propósito, que la sustancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena, y obra de Dios; y si llegamos la cosa á su principio, la tenemos de solo Dios. Porque el alma Él solo la cría; y del cuerpo, cuando al principio lo hizo de un poco de barro, Él solo fué el hacedor: y ni más ni menos, cuando después lo produce de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos, lo saca á luz en cada uno que nace, Él también es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponzoñoso y soberbio en ninguna manera es obra de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer hombre: del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente recibéndolo en sí. Y así esto solo es lo que la santa Escritura llama en nosotros, *viejo hombre*, y *viejo Adám*; porque es propia hechura de Adám, esto es, porque es, no lo que tuvo Adám de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa, y por virtud del demonio. Y llámase, *vestidura vieja*, porque sobre la naturaleza que Dios puso en Adám, él se revistió después con esta figura, é hizo que naciésemos

revestidos de ella nosotros. Y llámase, *imagen del hombre terreno*, porque aquel hombre que Dios formó de la tierra, se transformó en ella por su voluntad, y cual él se hizo entonces, tales nos engendra después, y le parecemos en ella, ó por decir verdad, en ella somos del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adám. Que en la naturaleza, y en los demás bienes naturales con que nacemos, somos hijos de Dios, ó sola ó principalmente, como arriba está dicho; y sea aquesto lo primero.

Lo segundo, tiene otra propiedad aqueste mal espíritu, que su ponzoña y daño de él nos toca de dos maneras; una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la primera manera, por eso nos toca formalmente después. En virtud nos tocó, cuando nosotros aún no teníamos ser en nosotros, sino en el ser y en la virtud de aquel, que fué padre de todos. En efecto y realidad, cuando de aquella preñez venimos á esta luz. En el primer tiempo este mal no se parecía claro, sino en Adám solamente; pero entendiase, que lanzaba su ponzoña con disimulación en todos los que estábamos en él también como disimulados: más en el segundo tiempo, descubierta y expresamente nace con cada uno. Porque si tomásemos agora la pepita de un melocotón, ó de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la raíz del árbol, y el tronco, y las hojas, y flores, y frutos de él; y si imprimiésemos en la dicha pepita, por virtud de alguna infusión, algún color y sabor extraño, en la pepita misma luégo se ve y siente aqueste color y sabor; pero en lo que está encerrado en su virtud de ella, aún no se ve, así como ni ello mismo aún no es visto; pero entiéndese que está ya lanzado en ello aquel color y sabor, y que le está impreso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado; y verse ha abiertamente después en las hojas y flores y frutos que digo, cuando del seno de la pepita ó grano, donde estaban cubiertos, se descubrieren y salieren á luz: pues así y por la misma manera pasa en aquesto, de que vamos hablando.

La tercera propiedad, y que se consigue á lo que agora decíamos, es, que esta fuerza ó espíritu, que decimos, nace al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra pro-

pia voluntad y persona la hicimos ó merecimos, sino por lo que hizo y mereció otro, que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y así su voluntad fué habida por nuestra voluntad, y queriendo él, como quiso inficionarse en la forma que habemos dicho, fuimos vistos nosotros querer para nosotros lo mismo. Pero dado que al principio esta maldad, ó espíritu de maldad, nace en nosotros sin merecimiento nuestro propio; más después, queriendo nosotros seguir sus ardores, y dejándonos llevar de su fuerza, crece, y se establece, y confirma más en nosotros por nuestros desmerecimientos. Y así naciendo malos, y siguiendo el espíritu malo con que nacemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos.

Pues sea lo cuarto y postrero, que esta mala ponzoña y simiente, que tantas veces ya digo, que nace con la sustancia de nuestra naturaleza, y se extiende por ella, cuanto es de su parte, la destruye y trae á perdición, y la lleva por sus pasos contados á la suma miseria; y cuanto crece y se fortifica en ella, tanto más la enflaquece y desmaya, y si debemos usar de esta palabra aquí, la anihila. Porque aunque es verdad, como habemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera, para hacer en ella lo que quisiéremos; pero como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condición, y mal ingenio, y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, buena ella de suyo, é inclinada á lo que es mejor. Y como la carcoma hace en el madero, que naciendo en él, lo consume; así esta maldad, ó mal espíritu, aunque se haga á él, y se envista de él nuestra naturaleza, la consume casi del todo. Porque asentado en ella, y como royendo en ella continuamente, pone desórden y desconcierto en todas las partes del hombre. Porque pone en alboroto todo nuestro reino, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compostura nuestra de cuerpo y de alma se ata y se traba; y así hace que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma á Dios, que es camino cierto y breve para traer, así el cuerpo, como el alma á la muerte. Porque como el cuerpo tiene del alma su vida toda, vive más, cuanto le está más sujeto; y por el contrario se va apartando de la vida, como

va saliéndose de su sujeción y obediencia: y así aqueste dañado furor, que tiene por oficio sacarle de ella, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta á él, y que nace con él, le hace posible y sujeto á enfermedades y males: y así como va creciendo en él, le enflaquece más y debilita, hasta que al fin le desata y aparta del todo del alma, y le torna en polvo, para que quede para siempre hecho polvo, cuanto es de su parte.

Y lo que hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma; que como el cuerpo vive de ella, así ella vive de Dios, del cual este espíritu malo la aparta, y va cada día apartándola más, cuanto más va creciendo: y ya que no puede gastarla toda, ni volverla en nada, porque es de metal que no se corrompe, gástala hasta no dejarle más vida de la que es menester para que se conozca por muerta, que es la muerte que la Escritura santa llama segunda muerte, y la muerte mayor, ó la que es sola verdadera muerte; como se pudiera mostrar agora aquí con razones, que lo ponen delante los ojos: pero no se ha de decir todo en cada lugar. Mas lo propio de este tratamos agora, y lo que decir nos conviene, es lo que dice Santiago, el cual como en una palabra esto todo que he dicho lo comprende diciendo (Jacob. cap. i, v. 15.): *El pecado, cuando llega á su colmo, engendra muerte.* Y es digno de considerar, que cuando amenazó Dios al hombre con miedos, para que no diese entrada en su corazón á aqueste pecado, la pena que le denunció, fué eso mismo que él hace, y el fruto que nace de él, según la fuerza y la eficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte: como no queriendo Él por sí poner en el hombre las manos, ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dejarle al azote de su propio querer, para que fuese verdugo suyo eso mismo que había escogido.

Mas dejando esto aquí, y tornando á lo que al principio propuse, que es, decir aquello en que consiste aqueste posterior nacimiento, digo, que consiste, no en que nazca en nosotros otra sustancia de cuerpo y de alma; porque eso no fuera nacer otra vez, sino nacer otros, con lo cual, como está dicho, no se conseguía el fin pretendido: sino consiste en que esta nuestra sustancia nazca sin aquel mal espíritu y

fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y diferente de ella. La cual fuerza y espíritu, en que, según decimos, consiste el segundo nacer, es llamado *hombre nuevo*, y *Adán nuevo* en la santa Escritura; así como el otro su contrario y primero se llama, *hombre viejo*, como habemos ya dicho. Y así como aquel se extendía por todo el cuerpo, y por toda el alma del hombre; así el bueno también se extiende por todo: y como lo desordenaba aquel, lo ordena este, y lo santifica y trae últimamente á vida gloriosa y sin fin; así como aquel lo condenaba á muerte miserable y eterna. Y es por contraria manera del otro, luz en el ánimo, y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad, y templanza en los deseos, y en los sentidos guía, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto, y finalmente vida, y paz general de todo el hombre é imagen verdadera de Dios y que hace á los hombres sus hijos. Del cual espíritu, y de los buenos efectos que hace, y de toda su eficacia y virtud, los sagrados escritores, tratando de Él debajo de diversos nombres, dicen mucho en muchos lugares. Pero baste por todos San Pablo en lo que escribiendo á los Gálatas dice de esta manera (Ad Galat. cap. v, vv. 21, 22.): *El fruto del Espíritu santo son caridad, gozo, paz, largueza de ánimo, bondad, fe, mansedumbre, y templanza.* Y el mismo en el capítulo tercero á los Colosenses (Ad Colos. cap. iii, vv. 9, 10.): *Despojándoos del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conocimiento, según la imagen del que le crió.* Aquesto pues es nacer los hombres segunda vez, conviene á saber, vestirse de aqueste espíritu; y nacer, no con otro ser y sustancia, sino cualificarse y acondicionarse de otra manera, y nacer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente decir qué nacimiento era este, en lo que he dicho he declarado, no sólo lo que es el nacer, sino también cuál es lo que nace, y las condiciones del espíritu que en nosotros nace, así la primera vez como la segunda.

Resta agora que pasando adelante digamos, qué hizo Dios, y la forma que tuvo para que naciésemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos al cabo, quedará casi acabado todo lo que á esta declaración pertenece.— Callóse Marcelo luego que dijo esto, y comenzábase á apercebir

para tornar á decir. Mas Juliano, que desde el principio le habia oido atentísimo, y por algunas veces con significaciones y meneos habia dado muestras de maravillarse, tomando la mano dijo: Estas cosas, Marcelo, que agora decis, no las sacáis de vos, ni menos sois el primero que las traéis á luz; porque todas ellas están como sembradas y esparcidas, así en los libros divinos, como en los doctores sagrados, unas en unos lugares, y otras en otros; pero sois el primero de los que he visto y oido yo, que juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí, y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas, y dándoles orden, habéis hecho como un cuerpo, y como un tejido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una de estas cosas por sí, cuando en los libros donde están las leemos, nos alumbran y enseñan; pero no sé en qué manera juntas y ordenadas, como vos agora las habéis ordenado, hinchen el alma juntamente de luz y de admiración, y parece que le abren como una nueva puerta de conocimiento. No sé lo que sentirán los demás: de mí os afirmo, que mirando aqueste bulto de cosas, y este concierto tan trabado del consejo divino, que vais agora diciendo, y aún no habéis dicho del todo, pero aquesto sólo, que hasta aquí habéis platicado, mirándolo, me hace ya ver, á lo que me parece, en las letras sagradas muchas cosas, no digo que no las sabia, sino que no las advertia antes de agora, y que pasaba fácilmente por ellas. Y aun se me figura también, no sé si me engaño, que este solo misterio, así todo junto bien entendido, él por sí solo basta á dar luz en mucho de los errores que hacen en este miserable tiempo guerra á la Iglesia, y basta á desterrar sus tinieblas de ellos. Porque en esto solo que habéis dicho, y sin ahondar más en ello, ya se me ofrece á mí, y como se me viene á los ojos, ver cómo este nuevo espíritu, en que el segundo y nuevo nacimiento nuestro consiste, es cosa metida en nuestra alma, que la transforma y renueva; así como su contrario de aqueste, que hace el nacimiento primero, vivía también en ella, y la inficionaba; y que no es cosa de imaginación, ni de respeto exterior, como dicen los que desatinan agora: porque si fuera así, no hiciera nacimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra sustancia, antes la dejaba en su

primera vejez. Y veo también, que este espíritu y criatura nueva, es cosa que recibe crecimiento como todo lo demás que nace; y veo que crece por la gracia de Dios, y por la industria y buenos méritos de nuestras obras, que nacen de ella: como al revés su contrario, viviendo nosotros en él, y conforme á él, se hace cada dia mayor, y cobra mayores fuerzas, cuantos son nuestros desmerecimientos mayores. Y veo también, que obrando crece este espíritu, quiero decir, que las obras que hacemos movidos de él, merecen su crecimiento de él, y son como su cebo y propio alimento; así como nuestros nuevos pecados ceban y acrecientan á ese mismo espíritu malo y dañado que á ellos nos mueve.

—Sin duda es así, respondió entonces Marcelo, que aquesta nueva generación, y el consejo de Dios acerca de ella, si se ordena todo junto y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano, y hace su falsedad manifiesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escrituras, que parecen revueltas y oscuras. Y si tuviese yo lo que para esto es necesario de ingenio y de letras, y si me concediese el Señor el ocio y el favor que yo le suplico, por ventura emprendería servir en este argumento á la Iglesia, declarando este misterio, y aplicándole á lo que agora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestión la verdad, que á mi juicio sería obra muy provechosa: y así como puedo, no me despido de poner en ella mi estudio á su tiempo.—Cuándo no es tiempo para un negocio semejante? respondió Juliano.—Todo es buen tiempo, replicó Marcelo, mas no está todo en mi poder, ni soy mio en todos los tiempos. Porque ya veis cuántas son mis ocupaciones, y la flaqueza grande de mi salud.—Como si en medio de aquestas ocupaciones y poca salud, dijo ayudando á Juliano Sabino, no supiésemos que tenéis tiempo para otras escrituras, que no son menos trabajosas que esa, y son de mucho menos utilidad.—Esas son cosas, respondió Marcelo, que dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí: mas esta es larga escritura, y muy trabada, y de grandísima gravedad, y que comenzada una vez, no se podía hasta llegarla al fin, dejar de la mano. Lo que yo deseaba era el fin de estos pleitos y pretendencias